

Jamás tendrá bastante aquel á quien no basta lo que es bastante.

Si la pobreza os desagrada, ya no sois pobre de espíritu, sino ricos de afecto.

Es diferente tener veneno y estar envenenado; casi todos los boticarios tienen venenos para servirse de ellos en diversas ocurrencias; y no por eso están envenenados, pues no tienen el veneno en sus cuerpos sino en sus boticas. Así también, podéis tener riquezas, sin estar envenenados por ellas, poseyéndolas en vuestra casa, en vuestra bolsa, y no en vuestro corazón.

La verdadera riqueza consiste en no deber á nadie.

Saber abundar, es mucho más difícil que saber soportar la escasez. Mil caen á la izquierda de la adversidad, y diez mil á la derecha de la prosperidad: tan difícil así es marchar recto delante de sí mismo en la prosperidad. Por eso decía Salomón: *Señor, no me deis ni la pobreza ni las riquezas; dadme solamente lo que es necesario para vivir.* Quien tiene menos, tiene que dar cuenta de menos.

Saber vivir en la abundancia y sufrir la escasez con igualdad de corazón, es una señal evidente de que no se mira más que á Dios en la pobreza y en las riquezas.

Para enriquecer en poco tiempo y con poco trabajo no se necesita amontonar bienes, sino disminuir la codicia, imitando á los escultores, que construyen sus obras *quitando*, y no á los pintores, que las ejecutan *añadiendo*.

Si teneis mucho, dad mucho; si teneis poco, dad poco, pero siempre de buena voluntad.

34.—La castidad.

Hay dos virtudes que es necesario practicar sin cesar, y si es posible jamás nombrarlas, ó hacerlo tan rara vez, que equivaliera esa rareza al silencio: ellas son la humildad y la castidad.

La castidad es la azucena de las virtudes;

ella vuelve á los hombres casi iguales á los ángeles. Nada es hermoso sino por la pureza, y la pureza de los hombres, es la castidad.

Como la pequeña mariposa en viendo la llama, se pone curiosamente á revolotear en torno de ella, por experimentar si es tan dulce como hermosa, y urgida por ese deseo no cesa hasta que se pierde en el primer ensayo; así también, con mucha frecuencia los jóvenes se dejan dominar de tal modo por la falsa y necia estima que tienen del placer de las llamas sensuales, que después de muchos curiosos pensamientos acaban por fin arruinándose y perdiéndose en ellos, siendo en esto más necios que las mariposas.

Buena señal es para la castidad el ser tímida; su baluarte es el miedo.

Por más suave, claro y terso que este el cristal de un espejo, basta el menor aliento para empañarlo tanto, que ya no queda capaz de formar ninguna representación. Lo mismo sucede con la castidad.

Hasta los que no aman la castidad, la

alaban, y los que no la observan, la hacen observar á la personas que de ellos dependen.

Mirad una hermosa azucena que es el símbolo de la pureza: ella conserva su blancura y suavidad aun en medio de las espinas, mientras no se le toca; más al punto que es cortada su olor es tan fuerte que trastorna.

La castidad es una virtud tierna, delicada, suspicaz, tímida, trémula, que de todo tiene miedo, que se asusta al menor ruido que teme todos los encuentros y de todo se espanta.

La esposa sagrada, en el Cantar de los Cantares, tiene sus manos que destilan mirra, licor preservativo de la corrupción; sus labios están ceñidos con una cinta roja, señal del pudor en las palabras; sus ojos son de paloma, en razón de su limpieza; sus orejas tienen pendientes de oro, enseña de su pureza; su nariz está entre los cedros del Líbano, madera incorruptible. Tal debe ser el alma devota; casta, limpia y honesta de manos, de labios, de oídos, de ojos y de todo el cuerpo.

35.—La Modestia.

La modestia es una virtud que arregla nuestro porte exterior. Tiene dos vicios opuestos, á saber: la disolución ó ligereza en los gestos y en el continente, y la afectación ó porte afectado.

Esta virtud es sumamente recomendable: primero, porque nos sujeta mucho, y en esto consiste su mérito; pues todo lo que nos sujeta por Dios, es de gran precio y le agrada maravillosamente: y en segundo lugar, porque no solo nos sujeta por cierto tiempo, sino siempre y en todo lugar, ya estemos solos ó acompañados, y hasta durmiendo.

Esta virtud es también muy recomendable para la edificación del prójimo, y ha convertido á muchos, como sucedió con San Francisco, quien pasando por una ciudad, tenía una tan gran modestia en su porte, que sin haber dicho una sola palabra tuvo una gran cantidad de jóvenes que le

siguieron, atraídos por el solo ejemplo de la modestia, que fué una predicación muda, pero eficaz.

36.—Los vestidos.

La conveniencia de los vestidos y otros adornos, depende de su materia, de su forma y de limpieza.

En cuanto á la limpieza, ella debe casi siempre ser igual en nuestros vestidos, en los cuales, cuanto sea posible, no debemos dejar ninguna especie de manchas ni suciedades.

La limpieza exterior, representa en cierto modo, la honestidad interior. Dios mismo exige la limpieza corporal en aquellos que se acercan á sus altares y que tienen principalmente el deber de la devoción.

En cuanto á la materia y forma de los vestidos, la conveniencia se considera se-

gún las circunstancias del tiempo, edad, calidad, compañías y ocasiones.

Es regular adornarse más los días de fiesta, á proporción de la solemnidad que se celebra; y en tiempo de penitencia, como es la cuaresma, se disminuye mucho el adorno. A las bodas se llevan vestidos nupciales y á los duelos de luto; cuando se ha de andar cerca de los Príncipes, se aumenta la compostura, y se disminuye cuando se vive entre los domésticos.

Sed aseados que no haya nada sobre vosotros desgarrado ni mal arreglado. Es desprecio hácia aquellos con quienes se trata, el ir á sus casas en traje que repugne; pero guardaos bien de toda afectación, vanidad, primor y locura. Permaneced siempre, en cuanto os sea posible, al lado de la sencillez y modestia, que es sin duda alguna, el más bello adorno de la belleza, y el mejor disimulo de la fealdad.

San Pedro advierte, principalmente á las jóvenes, que no lleven los cabellos tan encrespados, rizados, ensortijados y ondeando. Los hombres que descienden hasta gustar de tales afeites, son mirados con

descredito en todas partes, como afeminados, y las mujeres vanas son tenidas por poco firmes en la castidad, pues si la tienen al menos no se les conoce entre tantos adornos y bagatelas.

Dícese que no se piensa mal en esto; más yo replico que el diablo siempre piensa mal.

Quisiera yo, que mi devoto y mi devota, fueran siempre los mejor vestidos de su clase, pero los menos pomposos y afectados, y que como se dice en los Proverbios, estuviesen adornados de gracia, de modestia y majestad.

San Luis dice, en una palabra, que cada uno debe vestirse según su estado, de tal suerte, que los buenos y prudentes no puedan decir: *haceis demasiado*, ni los jóvenes: *haceis muy poco*.

37.—La sencillez.

La sencillez cristiana es un simple acto de caridad, que hace que no miremos ni

tengamos otro fin en todas nuestras acciones, que el solo deseo de agradar á Dios. Es esta una virtud inseparable de la caridad, que mira directamente á Dios y que no puede sufrir ninguna doblez, de la consideración de las criaturas. Dios solo encuentra allí lugar.

Debemos ver á Dios sobre todas las cosas, y todas las cosas en Dios. Esto es un pequeño destello del paraíso, donde Dios es en nosotros todas las cosas.

Sea sencillo vuestro juicio; no hagais tantas reflexiones ni réplicas; proceded sencilla y confiadamente; no hay para vosotros en este mundo, más que Dios y vosotros. Todo lo demás no debe importaros, sino á medida que Dios os lo mande, y de la manera que os lo mande.

La sencillez destierra del alma el cuidado y solicitud inútil que muchos tienen, de buscar gran cantidad de medios para poder amar Dios.....Piensan ellos que hay cierta sutileza para adquirir este amor, más la mayor sutileza, es proceder con toda sencillez.

Esta virtud no tolera que nos ocupemos de lo que se dirá ó pensará de nosotros, pues ella no piensa más que en agradar á Dios y de ningún modo á las criaturas, sino en tanto que el amor de Dios lo requiera. Después de que el alma sencilla ha obrado una acción que juzga deber obrar, no piensa mas en ella; si después viene al pensamiento lo que se dirá ó pensará, aleja prontamente de sí esta consideración.

Mas vale hacer poco y bien, que emprender mucho y hacerlo imperfectamente.

No es por la multitud de las cosas que hacemos, por lo que avanzamos en la perfección; sino por el fervor y pureza de intención con que las practicamos.

Todo por amor, nada por fuerza. En las reales galeras del amor divino, no hay forzados: todos los remeros son voluntarios.

Donde quiera está uno bien con Dios; en ninguna parte sin El.—Preciso es complacerse consigo mismo, cuando se está en la soledad, y con el prójimo, como consigo mis-

mo, cuando se está en compañía, y no complacerse en todas partes sino en Dios, que ha hecho la soledad y la compañía. El que obre de otro modo, se fastidiará en todas partes.

Preciso es no andar de puntillas en el ejercicio de las virtudes, sino ir redonda, franca y sencillamente, á la *antigua francesa*, con libertad, con *grosso modo*. Yo temo mucho el espíritu de encogimiento y de melancolía. . . . Yo deseo que tengáis un corazón ancho y extenso en el camino de nuestro Señor; pero humilde, dulce y sin disolución

38.—La singularidad.

Nuestra conversación exterior, debe asemejarse al agua, que la mejor es la clara, la más simple y la que tiene menos sabor.

La singularidad hace á la piedad no solamente odiosa, sino ridícula.

Si alguno fuese tan generoso y valeroso que quisiera llegar á la perfección en un cuarto de hora, haciendo más que los otros yo le aconsejaría que se humillara y sometiera á no querer ser perfecto sino en tres días, y á que anduviera al paso de los demás.—Así mismo si se encuentran personas que sean más fuertes y robustas, sea en buena hora; más sin embargo, no hay necesidad de que vayan más aprisa que las que son débiles; á ejemplo de Jacob, que volviendo de Mesopotamia, se acomodaba no solo al paso de sus pequeños hijos, sino también al de sus corderillos. Obrando así, yo os aseguro que no por eso llegareis más tarde á la perfección; por el contrario, llegareis más pronto, porque no teniendo mucho que hacer, os aplicareis á obrarlo con la mayor perfección que os sea posible.

Hace algún tiempo que unas santas religiosas me dijeron: Señor, qué haremos en este año? El pasado ayunamos tres veces á la semana é hicimos disciplina otras tantas veces, ¿qué haremos ahora? Preciso es hacer algo de más, tanto para dar á Dios gracias por el año pasado, como para ir siempre creciendo en el servicio de Dios.

Es bien dicho que sea siempre menester el avanzar, responlí yo; pero nuestro adelanto no se hace como vosotros pensáis, por la multitud de los ejercicios de piedad sino por la perfección con que los ejecutamos, confiando siempre mucho en Nuestro Señor y desconfiando más y más de nosotros mismos.—El año pasado ayunábais tres días de la semana y hacíais disciplina tres veces, si quereis siempre duplicar vuestros ejercicios, este año la semana será entera en tales prácticas; pero el año que viene, cómo haréis? Hareis la semana de nueve días, ó ayunareis dos veces al día?

Nada de más.

39.—La prudencia.

Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas, dice el Salvador.—La hermosura de la sencillez me arrebató, y yo daría siempre cien serpientes por una paloma.—Yo amo, en verdad, la pruden-

cia de la serpiente, pero incomparablemente más, la sencillez de la paloma. Yo sé que la mezcla de ambas es útil, y que el Evangelio nos la recomienda; mas sin embargo, me parece que debe procederse como en la composición de la triaca, donde para muy poca serpiente, se pone mucho de otras drogas saludables. Si la dosis de paloma y de serpiente fueran iguales, yo no me fiaría: la serpiente podría matar á la paloma, y no la paloma á la serpiente.

Muchos preguntan como han de entenderse estas palabras de Nuestro Señor: *Sed prudentes como las serpientes*.—Haciendo un lado cualquier otra respuesta, yo digo que se deben entender así: sed prudentes como la serpiente, la cual, siendo atacada, expone todo su cuerpo para conservar la cabeza: así debemos hacer nosotros exponiendo todo al peligro, cuando es necesario, para conservar en nosotros sano y entero á Nuestro Señor y su amor, pues El es nuestra cabeza y nosotros sus miembros. Esa es la prudencia que se aviene perfectamente con la sencillez.

Diré también, que es preciso recordar que hay dos clases de prudencia, una na-

tural y otra sobrenatural. En cuanto á la natural conviene mortificarla bastante, cuando ella nos sugiere muchas consideraciones y previsiones no necesarias, las cuales mantienen nuestros espíritus bien alejados de la sencillez.—La sobrenatural, debe ser practicada con toda exactitud, pues es como una sal espiritual, que da gusto y sabor á todas las demás virtudes; pero de tal suerte debe ejercitarse, que la virtud de la confianza, muy sencilla y amorosa, lo sobrepuje todo, y nos haga permanecer con quietud en las manos del Padre celestial, seguros de su protección y amabilísimo cuidado.

Muchos piensan que la sencillez es contraria á la prudencia, lo cual no es cierto; pues las virtudes no se contrarian, sino que tienen, por el contrario, una grande unión las unas con las otras.

Tengamos un propósito firme y general, de querer servir á Dios con todo nuestro corazón, y por toda nuestra vida: fuera de esto no pensemos en el día siguiente. Pensemos tan solo en obrar bien hoy; y cuando el día de mañana haya llegado se llamará también *hoy*, y entonces pensaremos en

él. Además, tengamos una gran confianza y resignación en la providencia de Dios. Hagamos provisión de maná para cada día y nada más. No dudemos, pues Dios hará que él llueva mañana, y pasado mañana y todos los días de nuestra peregrinación. *A cada día con su mal.*

40.—La vigilancia.

No hay mejor medio para afirmar las resoluciones, que practicarlas.

Durante esta vida siempre tendremos que trabajar.

Precisas nos son dos resoluciones iguales; la una, de ver crecer las malas yerbas en nuestro jardín: la otra, de tener valor para verlas arrancar y arrancarlas nosotros mismos; pues nuestro amor propio, que ocasiona esas impertinentes producciones, no morirá mientras vivamos.

41.—La desconfianza de nosotros mismos.

La desconfianza de nuestras propias fuerzas, no es falta de resolución, sino verdadero conocimiento de nuestra miseria.

Muchos valientes cuando no ven al enemigo, no lo son en su presencia; y al contrario, muchos que temen antes el peligro estando este presente, cobran valor.

Mientras más miserables nos reconozcamos, tanto más confiaremos en la bondad y misericordia de Dios. El trono de la misericordia de Dios es nuestra miseria; así, pues, mientras máyor sea esta, tanto máyor debe ser nuestra confianza.

En todos vuestros negocios, apoyaos totalmente en la Providencia de Dios, que es la única por la cual todos nuestros desig-nios tendrán éxito: trabajad no obstante por vuestra parte muy dulcemente, para

cooperar con esa Providencia, y luego creed que si confias perfectamente en Dios, el resultado de todas las cosas, será siempre el más provechoso para vosotros, sea que os parezca bueno ó malo, según vuestro juicio particular.

42.—La confianza en Dios.

La confianza en Dios y la desconfianza de sí mismo, son como los dos platillos de una balanza; la elevación del uno es el descenso del otro.

El que solo se detiene en la desconfianza de sí mismo, sin pensar en la confianza de Dios, se parece al que de un rosal solo cortara las espinas y dejara las flores.

Si Dios nos guarda, bien guardados estaremos.

Vale más dormir sobre el corazón de Je-

sucristo, que estar despierto en cualquiera otra parte.

Así os de la mano de la Providencia de Dios, y El os socorrerá, y si no podeis andar, El os cargará.

Nadie confía en Dios, sin obtener el fruto de su confianza.

La humildad que no reproduce la generosidad, es indudablemente falsa. Después de que ella diga, *yo no puedo nada, yo no soy nada*, debe ceder el lugar á la generosidad, la cual dice: *nada hay que yo no pueda, pues pongo toda mi confianza en Dios que todo lo puede.* Con esa confianza, ella emprende valerosamente todo lo que se le manda por difícil que sea, y si se opone á ejecutar lo mandado con sencillez de corazón, Dios hará primero un milagro, que faltar á dar su socorro; pues no es por la confianza que tenga en sus propias fuerzas por lo que ella emprende sino por la confianza que en Dios tiene.



43.—Las pequeñas virtudes.

No se presentan con frecuencia ocasiones de practicar la fortaleza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la dulzura, la templanza, la urbanidad y la humildad son virtudes tales, que todas las acciones de nuestra vida deben estar como teñidas con ellas. Hay otras virtudes mas excelentes; pero el uso de estas es más necesario. El azúcar es mas excelente que la sal; pero la sal tiene un uso más frecuente y más general.

Cada uno quiere tener virtudes brillantes y visibles, colocadas en lo alto de la Cruz, á fin de que se les vea desde lejos y se les admire. Pocos se empeñan por recoger aquellos que como el serpól y el tomillo, crecen al pié y bajo la sombra de este árbol de vida. Sin embargo, esas son las más olorosas y las más regadas con la sangre del Salvador, que ha dado por primera lección á los cristianos esta: *Apre-*

ded de mí que soy manzo y humilde de corazón.

Las ocasiones de ganar gruesas sumas, no se presentan todos los días; pero diariamente se pueden ganar céntimos y sueldos; y economizando bien estas pequeñas ganancias, hay quienes se hagan ricos con el tiempo.—Nosotros juntaríamos grandes riquezas espirituales, y reuniríamos muchos tesoros para el cielo, si empleáramos en el servicio del santo amor de Dios, todas las pequeñas ocasiones que á cada momento se presentan.

Ejercitémonos, pues, sencilla, humilde y devotamente, en las pequeñas virtudes, cuya conquista ha propuesto el Señor á nuestro cuidado y trabajo, como la paciencia, la mansedumbre, la mortificación del corazón, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la ternura hácia el prójimo, la tolerancia de sus imperfecciones, la diligencia y el santo fervor. Dejemos de buena gana las eminencias, para las almas elevadas; nosotros no merecemos un rango tan distinguido en el servicio de Dios....

El Rey de la gloria no recompensa á sus

servidores según la dignidad de los oficios que ejercen, sino según el amor y dignidad con que los desempeñan.

Dios no es tan terrible para con aquellos que le aman; se contenta con poco, porque sabe bien que no tenemos mucho.

En verdad que las pretenciones altas y elevadas de cosas extraordinarias, están muy sujetas á ilusiones, engaños y falsedades: y suele acontecer que aquellos que piensan ser ángeles, no son ni siquiera hombres buenos.

No hay cosa alguna que sea pequeña en el servicio de Dios.

El que teme robarse un alfiler, no se robará varios escudos. Y el que es económico en sueldos y en céntimos, ¿cuánto no lo será en escudos y doblones?

No atendais nunca á las sustancias de las cosas, sino al honor que tienen de pertenecer á Dios.

Es hacer muy grandes las pequeñas ac-

ciones, el ejecutarlas con gran deseo de agradar á Dios.

La escarlata y la púrpura son telas preciosas, no á causa de su lana, sino á causa de su tinte; así las obras del cristiano, que son como la lana, de nuestros corazones, no son grandes por sí mismas, sino porque están teñidas en la sangre de Dios.

A mí no me gusta que se diga; *es menester hacer esto o aquello porque es más meritorio*: todo debe hacerse por la gloria de Dios.

Haced, pues, todas las cosas en el nombre de Dios, y serán bien hechas. Sea que comais, ó que bebais, ó que durmais, ó que recreis, ó que deis vueltas al asador, con tal que sepais arreglar bien vuestros negocios, aprovechareis mucho delante de Dios haciendo todas esas cosas, porque Dios quiere que las hagais.

Llevad una vida común, pero de una manera no común.

Haced bien hoy, eso poquito que la Providencia os pide actualmente; y mañana,

que se llamará otra vez hoy, veremos lo que será necesario emprender.

44.—Los deberes de estado.

El que deja los deberes de su estado para entregarse á otras ocupaciones que le agradan, por piadosas que parezcan, no hace nada que valga. Dios quiere ser servido según su voluntad, y no según la nuestra; y la suya es la santificación y perfección de las almas.

No hay vocación alguna que no tenga sus enemigos, sus amarguras y sus disgustos: y si exceptuamos á aquellos que están plenamente resignados á la voluntad de Dios, cada uno quisiera de buena gana cambiar su condición por la de los demás. Los casados quisieran no serlo, y los que no lo están quisieran estarlo.—¿De dónde viene esta general inquietud de los espíritus, sino de un cierto disgusto que tenemos por la sujeción? Mas todo es lo mis-